- NUESTRO HEROE -

A la memoria del malogrado joven LORENZO J. PERELLO HIJO.

Todo acontecimiento que señala una época de engrandecimiento intelectual, moral o político para un pueblo, deja consignado en la historia el nombre de un hérce o de un mártir para orgullo nacional y emulación patriótica.

Sucedió el movimiento regenerador del 21 de Julio último, y un joven ilustre debía contribuir modesta y desinteresadamente a fomentarlo, seguirlo en todas las evoluciones de su marcha, y sellarlo al fin... en el sepulcro...; como si su espíritu noble y emprendedor quisiera ataviarse con las aureolas de la inmortalidad.

Tal fué el héroe, tal el entusiasta adalid, que exhaló su último suspiro en aras de la santa causa que defendía, sin duda para no sobrevivir a días nefastos de ignominiosas opresiones y propósitos ruinosos, que columbrara para su adorada Patria.

¡Muerte prematura!... pero dichosa, porque logró escalar el mundo de la gloria sin mayores heridas en su corazón, sin que se hubiera exprimido en su alma la esponja del desengaño, cuando apenas comenzara a probar las vicisitudes de la vida.

Cruzó, como luminoso meteoro, sin dejar huellas dolorosas en su tránsito, las vías de amarguras infinitas por donde se arrastra la pesada cruz del llanto, de la desdicha y de la miseria, para llegar al divino calvario que inmortaliza al genio y a la virtud. No siempre el martirio acompaña a los héroes.

La víctima contaba pocos años de juventud que supo consagrar con viril entereza al servicio de los intereses nacionales. Y si fué poco lo que hizo, —porque ligera fué su peregrinación en este mundo de dolores,— para que la Musa de la Historia le consagre su más resplandeciente página, hizo lo bastante para probar su inmenso amor a la libertad y la heróica abnegación del generoso sacrificio de su vida, defendiendo el derecho y la justicia en el sacrosanto altar de la Democracia. Por eso se le miraba como la esperanza del porvenir, como estrella brillantísima incrustada en el cielo de la Patria.

Fué periodista; prestó su valiosa iniciativa en el establecimiento de sociedades literarias y políticas; prestó su contingente en las árduas tareas del Magisterio, y fué uno de los más esforzados y elocuentes oradores de su pueblo; siempre enalteciendo los ánimos de la multitud que le escuchaba entusiasmada; porque con su palabra enérgica y persuasiva sabía dar impulso a los grandes rasgos del heroismo popular. Y fué todo esto en medio de la honradez más acrisolada: o inspirado siempre por el más delicado sentimiento del más acendrado patriotismo.

El, celoso y decidido colaborador en los asuntos más trascendentales; se presentó a la lucha eleccionaria tremolando el estandarte de la candidatura verdaderamente popular, que representaba los sagrados intereses de la Nación; y, cuando torpezas de un Gobierno desmoralizado hacían cometer arbitrariedades estupendas; cuando se pisoteaba impugnemente el derecho del sufragio con escandalosas imposiciones; cuando se amordazaba la prensa y se injuriaba la dignidad del ciudadano y la soberanía de un pueblo independiente, fué de todo punto imprescindible ocurrir al triste recurso de la revolución armada: la más justa, —si es que se pueden justificar los actos violentos de la fuerza,— de las revoluciones que han desolado y empobrecido a nuestra amada Quisqueya; porque fué la reclamación de usurpadas libertades, la enérgica protesta a ruinosas maquinaciones gubernamentales: él, como el primero se lanzó al campo de batalla contrariando sus inclinaciones, sus costumbres y hasta su delicada naturaleza para hacerse sin pensarlo un héroe.

Y verdaderamente, como previendo el término fatal del movimiento regenerador a que nos referimos, sucumbió su elevadísimo espíritu para dejarnos su nombre imperecedero, como emblema de glorioso patriotismo y de maldición a los tiranos.....!

.. ..

Ha corrido apresuradamente mi desaliñada pluma por las brillantes acciones del noble ciudadano, y se detiene impotente ante las tiernas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y sinceras del hijo, del hermano y del amigo.

Dónde los colores para pintar las sublimes ternuras del hogar y los puros afectos de la amistad?

Callemos ante el bellísimo poema de la común dolencia, y del raudal de sentidas lágrimas, que un pueblo entero derrama en su tumba, como rendido tributo de amor y gratitud.

Tal fué el héroe, el amigo querido Lorenzo J. Perelló, a cuya memoria dedicamos estas líneas.

A.....

Santiago, Enero de 1887.

LORENZO JUSTINIANO PERELLO

Segundo vástago de la honorable familia santiaguesa formada por los esposos: Lorenzo Justiniano Perelló, de raza española, oriundo de Baní y Cipriana Justina Rochet, de raza francesa, natural de esta ciudad, conocida en su edad octogenaria con el apodo cariñoso de MACIPANA. Lorenzo Justiniano Perelló hijo, nació en la Ciudad de Santiago de los Caballeros, el día 5 de Marzo de 1862, siendo sus padrinos el Pbro. Miguel Santos Quezada y Mauricia Gómez, su abuela materna.

Después de haber terminado los estudios que se cursaban en su época, sirvió de Secretario Particular y de Secretario Parroquial de su padrino el Pbro. Miguel Santos Quezada, de aquien fué monaguillo y quien aspiraba consagrar a la iglesia a su querido ahijado.

Ya joven fué consagrado Maestro de Escuela, de ideas renovadoras, y miembro activo y entusiasta de las sociedades municipales de su época: la "Progresista del Yaque", que construyó el Parque Duarte, su reloj de sol, la calzada y la Capilla del Cementerio, entre otras obras de bien público, que luego fueron transformadas, pero que todavía subsisten; y de la Sociedad "La Caridad" que construyó el nuevo y el viejo Hospital Civil "San Rafael" y sostiene todavía un servicio de carro fúnebre.

Fué miembro prominente de todas las sociedades políticas de su época y muy especialmente de la Sociedad "Amantes de la Luz", que en su tiempo era a la vez política y literaria y fué el Representante de ésta ante la Sociedad "La Progresista" de La Vega, pues en aquellos tiempos las sociedades similares acostumbraban a tener representantes de las unas en las otras.

Orador político, el más notable de su época, "tenía facilidad notable para el uso de la palabra, gustándole hacerse oir en reuniones políticas y certámenes de carácter literario, obteniendo siempre la aprobación entusiasta de los auditorios, a veces en no escasa parte de depurado gusto intelectual, por el timbre simpático de su voz, por lo correcto y castizo de su dicción y por las bellísimas y oportunas imágenes con que solía esmaltar sus armoniosos periodos".

"En extremo gustábale esa especie de elocuencia en que el orador tiene por auditorio la impresionante muchedumbre y por dosel a los azulados cielos; elocuencia que, ajena de artificios retóricos, es la expresión fiel de los sentimientos que agitan el alma del que habla: elocuencia que ha tenido en este gran siglo, como eximia personificación, la palabra todopoderosa de O'Connell, el defensor ilustre de la desgraciada Irlanda; elocuencia que hace latir siempre al unísomo compás los corazones, y que encrespa o aquieta, según le place, el oleaje social, a veces más temible en su cólera que la que suele agitar los procelosos mares. Ante el concurso popular su mirada se iluminaba, y brotaban a raudales de sus labios palabras que revelaban la elevación de sus propósitos y la magnitud de su patriotismo". El brillante tribuno Lic. Manuel Arturo Machado le consideraba como el primer orador político de su época.

Era miembro de aquella trilogía santiaguesa: Lorenzo Justiniano Perelló, Eugenio Deschamps y Federico Augusto González, de grata recordación que lo mismo que dedicaban un madrigal a una bella, escribían para los periódicos de su época y se subían en un barril, en las esquinas de las calles de Santiago, para orientar por los senderos del patriotismo y del civismo, a las masas populares.

Fué Redactor principal de los periódicos de su época: "La Alborada" y "La República", de Eugenio Deschamps y "El Derecho" que dirigía

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Federico Augusto González, colaborador además en diversas secciones bajo el seudónimo "Leandro". "Rayaba a gran altura en la redacción de esas partes secundarias de un periódico político, en los que chispea el ingenio y que son siempre las que más se leen". "En la prensa fué donde más en relieve puso toda la fuerza de su patriotismo. Condenó siempre desde ella toda clase de gubernativos desmanes, de autoritarias imposiciones y de otros hechos dignos de ello, con la rectitud de una conciencia que veía en el bien el más querido de sus ideales". "Su estilo claro, como transparente lago de doradas arenas, era el reflejo fiel de sus sentimientos: conciso y agradable se prestaba admirablemente a la exteriorización de juicios rápidos, propios de periodista, y a la propaganda fructuosa de las verdades democráticas en las masas sociales, quienes gustan de lo escrito sencillamente, y detestan todo lo que transciende a oscurecer la claridad que debe reinar en la exposición de los pensamientos".

Era hombre de mundo, de garbo porte y de gentiles ademanes, gran decidor de galanterías a las bellas, a quienes dedicaba a menudo versos, aunque no eran en esa su cuerda mayor, y gozaba de grandes simpatías entre las bellas. Las damas de Santiago, Tamboril y de La Vega, por las cuales sentía especial predilección, lloraron amargamente su temprana muerte.

Gustábale además el teatro, representando comedias y tragedias en el seno de su hogar para diversión de aficionados, parientes y amigos.

Discípulo del gran Peña y Reinoso, formó parte de aquella brillante juventud del 86, que pagó su tributo al sostenimiento de sus ideales liberales y progresistas, con las armas en las manos. Siempre se carteaba con su amado Maestro, cuando las marejadas políticas lo arrojaban en su segunda patria; la bella Cuba.

Tomó parte en la celebre Revolución de Moya o de "Los Bimbines" como la calificó el pueblo, actuando como Secretario Particular del Jefe de ella General Casimiro N. de Moya, saliendo en su compañía desde La Vega, donde pasaba más días, al iniciarse la revolución el 21 de Julio de 1886.

Murió el 21 de Agosto de 1886, en la Sección de Las Lagunas, hoy Villa González, de la Común de Santiago, en la casa de Familia de Don Sebastián Mera y rodeado del cuidado amoroso de su madre, de los miembros de la familia que le brindó franca hospitalidad, del Jefe de la Revolución a la que servía y de sus principales corifeos, de su compañero y su hermano Eugenio Deschamps, que fué mandado por su Jefe a Monte Cristy a buscar al Dr. Don Carlos Castellanos, a consecuencia de unas fiebres tifoideas malignas que pescó en pleno campo revolucionario y minó en pocos días, su delicada constitución física. Lo asistía el Dr. Ramón Velásquez.

El entierro de su cadáver que fué presidido por el Jefe de la Revolución y sus principales conmilitones tuvo efecto al otro día en el Cementerio Rural de Palmar, de donde después de algunos años fueron sacados sus restos, para ser depositados en la antigua Capilla del Cementerio, que construyera la "Progresista del Yaque", en merecimiento de sus servicios a su pueblo y a la patria.

Su muerte fué muy sentida por sus compañeros de ideales, quienes escribieron artículos a su memoria, entre ellos Manuel Arturo Machado, su gran admirador, y enlutó no solo a su pueblo, sino al Cibao y a la República.

El escritor y después vegano, Don Federico García Godoy escribió un folleto en 1887, destinado a conservar su memoria, que dedicó a la Sociedad "Amantes de la Luz", comenzando con este lema: "Para tan breve ser quien te dió vida", y terminando con aquellos versos del autor de "La Vida es Sueño": "Que no cabe lo que siento en todo lo que no digo" — pidiendo que su ciudad natal le levantara un monumento. (')

Santiago de los Caballeros,
1 de Abril de 1940.

(') Como Presidente de la Junta Directiva de la Candidatura Popular, en los Comicios de 1886, doi testimonio de que Lorenzo J. Perelló, hijo fué heraldo i guía de la juventud santiaguesa en aquella lucha civil i en la lucha revolucionaria —Clio.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia